

# LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION		
	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS  
VIUDA É HIJOS  
DE  
**JOSÉ AMALIO MUÑOZ**  
FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION		
	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO II.

BIBLIOTECA Madrid 28 de Diciembre de 1878

NÚMERO 24

## SUMARIO

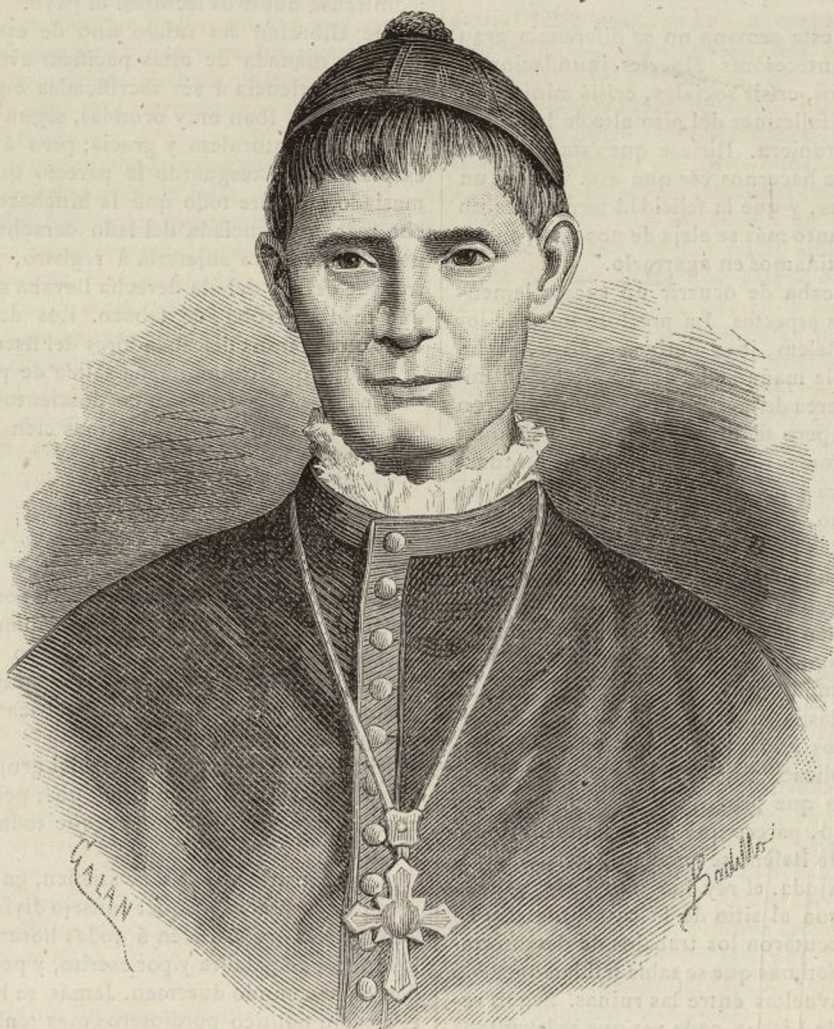
TEXTO. Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por Ovidio.—La España que se va, por D. Gabino Tejado.—Los Reyes Magos, por D. Víctor Suarez Capalléja.—La ciencia moderna y mi ignorancia, por D. C. Soler y Arqués.—El Castillo de Terciopelo, novela de Pablo Feval, traduccion de D.<sup>a</sup> Balbina Antunez.—Advertencia.

GRABADOS. Retrato del Ilmo. Sr. D. Fr. Benito Romero, Obispo de Cebú.—Interior de la ciudad de Kandahar.—Hospital de la Caridad en Sevilla.

## NUESTROS GRABADOS

**Ilmo. Sr. D. Fr. Benito Romero, obispo de Cebú.**—Nació este varon apostólico en Madridejos, provincia de Toledo, el 3 de Abril de 1812. Cursados los estudios elementales de latinidad y humanidades, vistió el hábito de la orden seráfica en el convento de la Descalcez de San Pedro de Alcántara, en la villa de Arenas. En 1833 salió de España formando parte de la mision franciscana de las islas del Archipiélago filipino. Allí ejerció varios curatos con mucho tacto y gran celo. Sus hermanos, en el Capítulo celebrado el año 1843, le eligieron Definidor, y en 1852 Ministro Provincial de la orden. Sus méritos no podían quedar oscurecidos, y se le ofreció en diferentes ocasiones la mitra episcopal, que él rehusó con firmísima modestia y humildad; pero hijo de la obediencia tuvo al fin que ceder y aceptar la diócesis de Cebú, como deber que no era dable rehuir á su conciencia de cristiano y de apóstol. Dió en consecuencia su asentimiento á la presentacion del gobierno que tuvo lugar en 28 de Octubre de 1875, y habiéndole preconizado el Sumo Pontífice en 28 de Enero del siguiente año, recibió la consagracion en la iglesia de San Francisco de Manila, en 11 de Junio, y tomó posesion de su silla con regocijo general en 24 del mismo mes.

**Interior de la ciudad de Kandahar.**—Poblacion importante del Afganistan y capital de la provincia de su nombre. Está situada en fértil llanura á orillas del Ourghandab, á 300 kilómetros S. O. de Kaboul, de cuyo reino fué metrópoli desde 1747 á 1774. Cayó en poder de los ingleses en 1839. Su poblacion es de 50.000 almas, la mayor parte



ILMO. SR. D. FR. BENITO ROMERO, OBISPO DE CEBÚ



Afghanes, con industria muy activa y excelente comercio.

El nombre de esta ciudad resuena hoy con acento de guerra en los gabinetes europeos.

**Hospital de la Caridad en Sevilla.**—Al nombre de ésta van unidos los de dos hombres extraordinarios que en vida fueron excelentes amigos y hoy son glorias de España, con que se honra especialmente Sevilla: D. Miguel de Mañara, fundador del Hospital, y Estéban Murillo, que enriqueció la Iglesia con obras admirables.

Como no es esta la ocasión de hablar por extenso del noble y caritativo fundador del Hospital de Sevilla, recomendaremos á los estudiosos la obra del P. M. Juan de Cárdenas, intitulada *Muerte, vida y virtudes del venerable caballero D. Miguel Mañara*, como la única fiel y verdadera, publicada por primera vez en 1680 y reimpresa varias veces para desmentir la tradición de escritores y poetas, que hacen de Mañara el ejemplar y tipo de Don Juan Tenorio.

El hospital es espacioso y bien ordenado, con grandes salas embovedadas, patios alegres y ventilados, la iglesia avalorada por cuadros de Murillo y Valdés, y el régimen del establecimiento el mismo que con admirable celo y caridad estableció su fundador, para alivio de «sus ámos y señores los pobres.»

El viajero que visite la capital de Andalucía, debe consagrar algunas horas al hospital de la Caridad; allí verá unidas bajo un techo la caridad del cristianismo con la belleza de la pintura, las obras de Mañara con las de Murillo, como símbolo elocuente de la paternidad que existe entre la religión y el arte.

El cuadro de *San Juan de Dios*, el de *las Agnus*, el de *los Peces* tan celebrados, forman con otros del mismo Murillo y los de *la Muerte* de Valdés, el museo de la Caridad en el hospital de Sevilla.

## REVISTA DE LA SEMANA

El activo de esta semana no se diferencia gran cosa del de sus antecesoras. Muertes, inundaciones, derrumbamientos, crisis sociales, crisis ministeriales, tales son los folletines del piso alto de la prensa nacional y extranjera. Diríase que ésta no tiene más misión que hacernos ver que esta vida es un valle de lágrimas, y que la felicidad terrena, es un fantasma que tanto más se aleja de nosotros, cuanto más nos obstinamos en agarrarlo.

En Lisboa acaba de ocurrir un suceso lamentable bajo todos aspectos. La preciosa torre de los Jerónimos de Belem, joya del arte gótico, se ha derrumbado en la mañana del día 18. Se hacen mil comentarios acerca de las causas que determinaron esta catástrofe; pero se nos figura que cuando un edificio se desploma, no hay necesidad de devanarse el caletre para dar con el criminal. Parece sin embargo extraño, que no hubieran dado ántes la alarma las grietas y los derrumbamientos parciales con que suelen anunciarse este género de sucesos. Atribuyen los periódicos la catástrofe á no haber cubierto á tiempo las obras de la cúpula, dando lugar á que las aguas se infiltrasen por las paredes, y falsearan la mampostería. Dada la lentitud con que se ejecutan todas las obras públicas en Portugal, país de altísimos conceptos, pero de escasísimos recursos, la explicación no deja de ser verosímil.

El estruendo que produjo el alto monumento al venir al suelo, parece que fué espantoso. Como el monasterio de Belem se encuentra cerca del palacio real de Ajuda, el rey fué uno de los primeros que acudieron al sitio de la catástrofe. En su presencia se ejecutaron los trabajos de desenterramiento de las víctimas que se sabía habían quedado aplastadas ó envueltas entre las ruinas. Según refiere la prensa de Lisboa, cada vez que se levantaba una piedra, ó se deshacía un montón de tierra, la multitud se agrupaba ansiosa temiendo encontrar los restos mutilados de algún desdichado, ó quizá alguna persona viva. Esta triste esperanza se vió más de una vez realizada. Después de haber sacado ocho cadáveres destrozados, se oyeron los gemidos de un obrero, preservado milagrosamente entre los escombros, y se consiguió por medio de inauditos

y hábiles esfuerzos sacarlo vivo. Al ver la muchedumbre aquel Lázaro entre los brazos de sus salvadores, rompió entusiasmada y enternecida en frenéticos aplausos. El rey y los demás miembros de su familia, allí presentes, mezclaban sus lágrimas con las del pueblo.

Se han mandado suspender las obras, y se ha destituido al arquitecto. Hasta ahora no sabemos si las restauraciones del monasterio ya terminadas han padecido; pero, ¿quién se acuerda de las piedras ante esta triste hecatombe de víctimas humanas?

Belem es una de las maravillas del arte, y quizá el más hermoso monumento de Portugal. Su claustro es una joya, y la fachada del monasterio de lo más puro y elegante que ha producido el arte ojalá. La torre debía estar construyendo ahora, siguiendo el estilo del edificio; pero está visto que los arquitectos modernos no entienden de cosas altas. Los bárbaros de la Edad Media, cuyas obras desafían todavía la acción destructora del tiempo, podían dar lecciones, en esto y en otras muchas cosas, á nuestros arquitectos, apiporrados de matemáticas.

Sólo después de siglos y siglos de estar enhies-tas, podía decir de ellas algún poeta:

*Las torres que desprecio al aire fueron,  
á su gran pesadumbre se rindieron.*

\*\*\*

Alegremos un poco nuestra crónica con un suceso bufón.

¿Quién no conoce el tipo casi legendario del contrabandista andaluz? ¿Quién no se sabe de memoria á este hijo de Ronda, varonil, patillado, bien proporcionado, montado en poderosa jaca, con el retaco en la cincha, y dispuesto siempre á hacer frente á una legión de carabineros?

¿Cómo han cambiado los tiempos y las costumbres!

El oficio ha descendido de un modo deplorable. Del contrabandista armado de punta en blanco, y que arriesgaba su vida diez veces al día en los azares del comercio ilícito, hemos descendido ¡admírense nuestros lectores! al pavo.

De Gibraltar ha salido uno de estos últimos días una manada de estas pacíficas aves, destinadas en apariencia á ser sacrificadas en las fiestas del natalicio. Iban muy orondas, según lo tiene la especie por naturaleza y gracia; pero á uno de los empleados del resguardo le pareció que iban demasiado, y sobre todo que la hinchazón era mucho más pronunciada del lado derecho. Detuvo á uno de ellas para sujetarla á registro, y se encontró que debajo del ala derecha llevaba nada menos que media arroba de tabaco. Los demás pavos eran otros tantos defraudadores del fisco.

Esta sí que es una buena salida de pavana.

Los animales pasaban de doscientos, de modo que entre todos se llevaban unas cien arrobas de tabaco de contrabando.

¡Pues ahí es moco de pavo!

\*\*\*

Este pacífico percance, sufrido por los pavos de Gibraltar, nos trae como por la mano al pacífico juego de los partidos, y al juego del partido constitucional, que como todo el mundo sabe es juego á cartas vistas, salvo una baza que tienen siempre de reserva.

En estos días las esperanzas del grupo han crecido. Nosotros no sabemos por qué; pero que han crecido parece indudable, porque todo el mundo lo dice.

Los constitucionales se atienen, en este punto sólo por desgracia, á aquel consejo divino que dice: *Pedid y recibireis*. Piden á todas horas y en todos los tonos, de palabra y por escrito, y por hábito piden hasta cuando duermen. Jamás se han visto en el estadio político pordioseros más tenaces.

A mí no me parece mal que pidan, pero me permito dudar que les den.

Se me figura que se ha descubierto que llevan el contrabando debajo del ala como los pavos de Gibraltar.

OVIDIO.

## LA ESPAÑA QUE SE VÁ

*El Escondido y la Tapada* se llama, si no me engaña mi memoria, una de las no ménos bellas producciones de nuestro insigne Calderón de la Barca; y á lo que yo recuerdo también, lo mismo pudiera titularse cualquiera de las comedias urbanas de aquel peregrino ingenio. En todas ellas, y aún por lo general en todas las de su especie pertenecientes á la edad de oro de nuestra literatura dramática, *el amor*, ó si se quiere frase más determinativa del asunto que me propongo tratar, *los amos*, se nos muestran viviendo, por decirlo así, vida de misterio. El recato, la decencia, y el honor ganaban en ello tanto como el arte, que así ponía en su región propia el más dulce, el más poético y el más peligroso de los afectos humanos, al mismo tiempo que adecuadamente cumplía su noble oficio de ser fiel espejo y modelo ejemplar de las costumbres.

«No es esto decir que aquella nuestra antigua sociedad estuviera exenta de hipocresías en que se ocultaban flaquezas y liviandades que por desgracia no faltarán donde quiera que haya hombres y mujeres; pero es indudable que entonces las severas leyes del honor, protegiendo hartó mejor que en nuestros días el recinto del hogar doméstico, auxiliaban muy poderosamente á la religión, de quien eran hijos, para guardar la castidad de nuestras mujeres y reprimir los livianos antojos de nuestros hombres...»

«Aquella desdeñosa altivez de nuestras damas; aquel respeto casi idolátrico con que las tratan los galanes; aquella severidad casi fiera con que padres, hermanos y tutores consideran como un mortal agravio contra el honor de su casa el más comedido obsequio de palabra ó de obra dirigido á sus hijas, hermanas ó pupilas; aquella decente sobriedad con que nuestros poetas y dramáticos de entonces presentaban, muy rara vez, por cierto, en escena el personaje de una mujer casada, la crueldad feroz con que los maridos castigaban, no ya el delito manifiesto, sino la más leve sospecha de delito en sus mujeres; aquella multitud de artificios inventados por damas y galanes para burlar un momento la vigilancia de los padres y hablar algunos instantes separados por los gruesos hierros de una reja ó por la altura de un balcon; aquel no suponerse, ni por un momento siquiera, que un galán hablaba á una dama ó que ésta le escuchaba galanteos sino con fin honesto de contraer matrimonio; todos estos caracteres y otros muchos más, que pudiera señalarlos como esenciales y perpétuos de nuestro antiguo teatro español, llegan á presentarnos un cuadro vivo de las costumbres de aquellos tiempos...»

«No quiero yo decirlo, Dios me libre, que todo aquello fuera tortas y pan pintado, ni tampoco os recomiendo este cuadro literario como código de moral y ejemplo saludable que debais seguir en el punto de que tratamos: he querido únicamente daros alguna idea de lo que ántes pasaba en este particular, para que por medio del contraste, podais entender todo lo repugnante, lo corruptor, lo indecoroso que hoy pasa.»

(No digo de quién son estos párrafos, porque no es menester; y además porque tengo derecho á llamarlos míos, y sobre todo, porque me dan dicho lo mismo que había yo de decir.)

Cuando eran mozos los que hoy tienen mi edad, ó lo que es ¡ay! lo mismo, há ya mucho tiempo, los amos, bien que ya muy trocados en su forma, conservaban gran parte de su antigua sustancia, y eran algo todavía, que sin impropiedad ni desvergüenza se podía llamar *amor*.

Tal había entre nosotros que, bachiller ya en jurisprudencia, y aún con diez años de afeitarse, no se avergonzaba de pasar una tarde entera tras la esquina de una calle, atisbando el momento de figurarse que veía tras la vidriera de un balcon de enfrente la punta de un bastidor en el que se figuraba que podía estar bordando una hija de Eva, más ó ménos plausible.

Mucho zoquete, útil cuando más para alguacil, que sin temblarle el pulso, escribiría hoy un artículo llamando tonto al autor de las *Partidas*, tiritó de miedo, medio siglo há, borrajando tres ó cuatro proyectos de billete en que, á fuerza de puntos sus-



pensivos, osó declarar á cierta su prima en tercer grado que no le habia parecido costal de paja.

Zahorí ha de ser quien hoy tope con imberbe colegial tan meticoloso en la materia.

La moda de amar era entonces cierto sentimentalismo, á veces dormilon, taciturno, suspirador eterno, á veces parlanchin, declamador, más frondoso que florido, pero de todas maneras, respetuoso y pudibundo. El sistema telegráfico hacía su gran papel en la region del travieso Cupido, y muy raro era el galán mancebo que no supiese al dedillo el lenguaje de las flores y el de los sordomudos.

Lo cual equivale á decir que todavía por entonces los amoríos eran género de contrabando, y que no circulaba libremente sino pasando por la aduana del noviazgo oficial. Allí las madres le sujetaban á riguroso registro, ó más bien á próximo sumario, que solía incoarse con la siguiente rutinaria cédula de apremio:—«Caballerito: quisiera saber los fines con que nos hace usted la honra de frecuentar esta su casa.»

Si la respuesta del reo era satisfactoria, su atrevido pensamiento dejaba de ser atrevido, y empezaba sosegadamente á caminar hacia el altar de Himeneo con la regularidad de un cronómetro. Allí quedaba sin oficio la siempre arriesgada estafeta, ora del gallego de la compra, ora del aguador de la casa, ora de la hebra de hilo previamente atada en el barrote del balcon para llevarse devanados tres ó cuatro plieguecillos de ternezas. Allí se atajaban las rondas nocturnas y las consabidas serenatas de flauta y vihuela, y aquel otro diverbio tan sabrosamente furtivo que se llamaba, no sé porqué, *pelar la pava*. Allí perdian su razon de ser aquellos ramilletes disparados desde la calle á la reja, que eran todo un jeroglífico. Allí cesaba la necesidad de pasarse de *planton* horas enteras en la puerta de la *botillería*, esperando á que la suegra en ciernes fuese con la familia, los domingos y fiestas de guardar, á la querencia de la leche amerengada; ni habia porqué pegarse al mostrador de la tienda por si ciertos cabellos de oro iban á comprar perfumes, ni mucho menos agazaparse con piedad más que dudosa bajo la pila de agua bendita, espionando ocasion de tocar con dedos pecadores la punta de un guante.

Si el galán *entraba en casa*, no por esto se declaraba Cupido en huelga de travesuras; su misma idiosincrasia nativa le punzaba para burlar el ojo avizor de la mamá, que impertérrita *montaba la guardia*, ó el no menos importuno espionaje de los asíduos contertulios. Para condensar la atmósfera de misterio en que aquel rapazuelo se place de vivir, tenían los enamorados el gran recurso de los *juegos de prendas*, entretenimiento favorito de las *tertulias* para la generacion que hoy muere.

La tertulia es ya antigualla, que apenas vive en la trastienda de alguna botica, y los juegos de prendas, como los *acertijos* y las *paranomasias*, se han hecho género *curios*. Pero todavía en el primer tercio del corriente siglo, estos inocentes modos de pasar el tiempo servían á los enamorados de ingeniosa traza para bien aprovecharle. Acaso más de un viejo recordará todavía sin empacho el pingüe escote que sacó de sus mocedades cuando *sentenciado á pagar prendas*, tuvo que *contentar al oído* á juezas descontentadizas, ó responder *tres veces sí y tres veces no*, al interrogatorio urdido por otros en secreto conciliábulo. Acaso tambien en aquellas domésticas lizas ensayó sus fuerzas algun ingenio que hoy las dilapida en el *juego de las instituciones*, y hace tal vez pagar prendas muy costosas á la paz, á la honra y á la hacienda de su patria.

Los amoríos se van por la puerta que abre paso al lujo y á la licencia de las costumbres. Rota entre los dos sexos la valla puesta por el pudor, aprendido en la escuela de Cristo, han invadido la region del amor el concubinato y el adulterio. Junto con el amor, huye la *galantería*, que no es sino una forma del respeto debido á la mujer, así como la *urbanidad* lo es en general del que el hombre debe al hombre. Una y otra son, si no hijas, por lo ménos parientes colaterales de la *caridad*, y como esta es planta que ni fructifica ni florece sino en la region de la fé, hé aquí porqué donde la fé se huye, perdido el abolengo de la galantería, se desvanece hasta la memoria de los castos amores. Este género de vacío social llénase entonces de sensualidad grosera, y la escasa por-

cion de espacio que esta no ocupa en los corazones, quedase cuando más reservada para aquella especie de amor que un moralista del siglo pasado llamaba «egoísmo á duo.»

Así aquella dulce compenetracion de dos almas, aquella generosa fusion de dos corazones en uno y de dos *carnes en una*, que el Soberano Autor del hombre y de la mujer consagró por su propia mano en el *Paraíso de delicias*, tórnase ¡oh baldon! negocio de materia, ó materia de negocio.

Aquel arcángel que negociando las bodas de Tobías y Sara, los «juntó como á hijos que eran» de santos, y no á manera de los gentiles que no «conocen á Dios», apenas hoy tendría donde reiterar su nupcial ministerio si antes no consentía en hacerse corredor de dotes.

A poco que los amoríos sigan la pendiente en que están, cada noviazgo será una leyenda de burdel, y cada matrimonio una sociedad anónima, cuya quiebra infalible llorarán con lágrimas de sangre los pueblos disolutos.

GABINO TEJADO.

## LOS REYES MAGOS

Se habian cumplido las 70 semanas por Daniel profetizadas, y el eco de la voz de Isaías resonaba aún en el corazón de la Virgen. La vaga y sorda esperanza del humano linaje, se precisó y localizó en tres soberanos de Oriente, conocidos vulgarmente con el nombre de Magos, nombre que no debe engañarnos acerca de su significacion, tomándolos por hechiceros: no, estos tres personajes eran príncipes del Oriente; eran sabios y reyes; porque en Oriente los sabios eran reyes. La ciencia profunda de la remota antigüedad, segun la concebía el Oriente, empuñaba el cetro y ceñía la corona.

Advertidos por una estrella, porque eran astrónomos,—la Providencia elige segun la naturaleza é índole del elegido,—los tres reyes depositarios de las antiguas tradiciones referentes á Balaam, que habian oido el eco misterioso de la antigua tradicion murmurar: *Orictur stella*; «nacerá una estrella», los reyes elegidos y Sagrados que representaban la vocacion de los pueblos, fueron llamados por una voz digna de su grandeza, y acudieron á la gruta de Belem.

Melchor representaba la raza de Sem: Gaspar la de Cham, y Baltasar la de Jafét.

Después del diluvio las tres ramas de la familia humana se hallaban presentes ante Noé en la persona de sus padres. Noé las separó; Noé bendijo y maldijo, y el poder secular de su bendicion y de su maldicion divide la raza humana, encorvando la frente de Cham bajo el yugo de Sem y de Jafét, pero cerca de la gruta de Belem, ante J. C., á quien figuraba Noé, se han reunido las tres ramas: Gaspar, hijo de Cham, acompaña á Melchor, hijo de Sem, á Baltasar, hijo de Jafét, sin que sobre él pese inferioridad alguna. Todos los pueblos se hallan presentes en la persona de sus representantes, ocupando cada uno su puesto, y todos llamados por la misma estrella, igualmente majestuosa, igualmente celeste, que les reúne é inclina bajo una misma adoracion.

Las tres ramas de la familia humana han oido con la misma claridad el eco del Salmo 71

«Los reyes de Tarsis y de las Islas, ofrecen presentes. Los reyes de Arabia y de Sabá traerán sus dónes. Todos los reyes de la tierra le adorarán, y todas las naciones le servirán.»

¿De dónde venían? No se sabe á punto fijo; pero créese con alguna probabilidad que procedían de la Arabia Feliz, region habitada por los hijos que Abraham tuvo de su segunda esposa Cetura: por Jecran, padre de Sabá, y por Madian, padre de Ephra.

La naturaleza de los presentes ofrecidos abona esta conjetura, puesto que el oro, el incienso y la mirra son productos de Arabia.

¿Qué drama su viaje! Representémonos por medio de la imaginacion á tres reyes que súbitamente, dando crédito á una estrella, abandonan su palacio, su trono y su país. ¡Cuánta fe en esta partida, y qué juventud y cuánto ardor y ansia por hallar la luz! Cuán libres debían estar de todo afecto ex-

terno, de todo hábito, de toda etiqueta, y de toda preocupacion aquellos hombres que al primer indicio abandonan el reposo oriental y la tranquilidad de su morada soberana, para entregarse á las fatigas y peligros de un viaje en pos de lo desconocido!

No retroceden ni dicen ¡mañana! sino que parten inmediatamente. Los camellos conducen sus pesadas cargas á través del desierto, llevando por guía á la Estrella misteriosa y muda, imagen de la Luz interna que brillaba y conducía. La Epifanía era su luz. ¡La Epifanía! ¡Qué palabra! ¡La manifestacion! Llegados á la capital de Judea, no preguntan si realmente ha nacido el Rey de los Judíos, sino en qué lugar ha nacido. Su confianza era absoluta, el hecho es cierto. «Hemos visto su estrella, dicen, y venimos á adorarle.» *Vidimus stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.*

Ni respeto humano ni cobarde miedo. Dicen que saben, sin consideraciones á nada ni á nadie, y sin preguntarse siquiera si es prudente hablar á Herodes del Rey de los judíos, ni si es una locura ir desde tan lejos dando crédito á una estrella. Nada inquietan, y dicen muy alto todo lo que piensan á Herodes, que ha asesinado á tres de sus hijos, porque excitaban sus sospechas.

Pero los tres Magos marchan porque creen, hablan porque creen, y encuen tran porque creen, y mientras que su fe sencilla encuentran *Al que buscaban*, Herodes, el hábil, el calculador y astuto político, degüella á todos los niños que no debe degollar, y deja vivir únicamente á *Aquel* que desea matar. Finge, disimula, engaña, suministra datos á los Magos, y tambien se los pide con fina astucia, burlándose de la sencilla grandeza de la ciencia oriental. Cuando le hayais hallado, venid á decírmelo, les dice, para ir yo tambien á adorarle. Sin embargo, preso en sus mismos lazos, piérdese á sí mismo, siendo la única víctima de la estratagemma que combina con tanto estudio y habilidad. ¡Cómo se debió burlar de los tres Magos, cuando comprendió su confianza! ¡Y cómo debieron éstos indignarse cuando vieron que los judíos no se dignaban buscar á *Aquel* que de tan lejos venía á buscar el Oriente!

La espantosa verdad «Ninguno es profeta en su patria» debió presentarse á su mente con esplendoroso brillo, y el efecto que en ellos, reyes venidos de la Arabia, debió producir el lugar donde encontraron el Niño, es indescriptible.

Aquel á quien venían á adorar, arrojado ántes de su nacimiento, no habia hallado hospedaje en la posada: todas las habitaciones estaban ocupadas, y para María y José no existia un misero rincón. La sencillez terrible del relato del Evangelio no insiste en este punto que excede al pensamiento: afirma tranquilamente que en la posada no habia habitacion para los ilustres peregrinos.

La magnificencia oriental ofreciendo el oro, el incienso y la mirra y ofreciendo los reyes y sus camellos con su séquito y presentes, esta magnificencia voluntaria y lejana, entusiasta y extraña, pone de relieve la conducta de las gentes del país que ocuparon la posada sin dejar un rincón para *Aquel* que se ve obligado á refugiarse entre un buey y una mula como el más miserable de los hombres.

¿Qué pasó en la gruta? ¿Qué forma tomó la adoracion viva y sincera de aquellos hombres sabios y fuertes?

¡Qué vigoroso sería el pincel que diese á cada rey la fisonomía de la raza por él representada; que escribiese en su frente el nombre de Sem, de Cham y de Jafét; que anunciase su adoracion segun el espíritu de su familia; que ostentase el esplendor oriental en la gruta de Belem, con pompa y sin esfuerzo alguno! Y sobre todo, ¡cuán incomparable sería el que en la faz de San José, y de su Inmaculada esposa, hiciese reflejar la conciencia de lo que pasó en aquella sublime escena!

Los Magos recibieron la orden de no hallarse con Herodes, y regresaron á su país por diferente camino del que habian traído

El religioso Cirilo, en la Vida de San Teodosio, refiere, que se alejaban de los grandes caminos y de los lugares frecuentados, retirándose por la noche á las cavernas buscando la soledad. Llegados á su país vivieron santamente, guardando con fidelidad la memoria de la profunda impresion que en sus almas habia dejado estampada la sacratísima faz de *Aquel* que habian buscado con tan piadoso





afán, y que con tanta veneración habían adorado.

Aún vivían cuando Santo Tomás llegó á su país. Santo Tomás que había visto á Jesucristo resucitado, bautizó á los que habían visto á Jesucristo en la gruta, y tal vez un parentesco misterioso uniese á Santo Tomás con los Reyes Magos.

Días ántes de la Epifanía fueron llamados para

rendir adoración los pastores que en las cercanías pasaban la noche guardando los rebaños. Los primeros adoradores fueron reyes y pastores, títulos que ahora colocados en las dos extremidades de la escala social, eran ántes palabras casi sinónimas. Según el lenguaje y sentimiento de la remota antigüedad, los reyes eran los pastores de los pue-

blos, llamándose pastores los que mandaban, y ovejas á los que obedecían. Otro parentesco misterioso, pero natural, unió probablemente á los reyes y los pastores. Los reyes magos eran sábios, y los pastores que velaban por la noche en las cercanías de Belén, eran sencillos.

Los reyes vieron una estrella porque eran as-

INTERIOR DE LA CIUDAD DE KANDAHAN



trónomos, y los pastores un ángel porque eran sencillos.

Los pastores recibieron una indicación que se refería á su carácter. Hallareis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Numerosa multitud de espíritus celestes se unió al ángel cantando en la noche santa.

*Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

¡La buena voluntad! esta sencilla disposición del alma se revela en el canto de los ángeles después de la gloria y al lado de la gloria, y las dos palabras producen un efecto sublime.

El carácter distintivo de los pastores fué la sen-

cillez y el de los Reyes la magnificencia y la generosidad, no sólo de los presentes, del oro, del incienso y de la mirra, sino la generosidad en la fé, en la adoración; no sólo la generosidad que da, sino principalmente la generosidad que se entrega.

Las reliquias de los Reyes Magos fueron trasladadas de Persia á Constantinopla. Santa Elena



las mandó depositar con magnificencia en la basílica de Santa Sofía, y el obispo Eustaquio, en tiempo del obispo Manuel, las trasportó á Milan. Cuando Federico Barba-roja tomó y saqueó esta ciudad las reliquias de los Reyes Magos fueron llevadas á Colonia, donde hoy se veneran.

Se ha disputado mucho acerca de lo que era la estrella de los Magos. Unos han creído que era una estrella absolutamente milagrosa, apareciendo súbitamente sin sujetarse á las leyes de la naturaleza ni á las de la astronomía.

Otros han dicho: Una estrella ordinaria jamás

puede indicar una casa en particular: podrá, sí, indicar un país en general, pero nunca y de un modo preciso señalar un establo determinado: era preciso que esta estrella fuese un meteoro situado cerca de la tierra.

Finalmente: otros han recurrido á otra explicación largamente expuesta por los Bolandistas.

Segun una hipótesis astronómica adoptada por el doctor Sepp, puede aparecer súbitamente una nueva estrella, mediante la conjunción de tres planetas. En 1604 los astrónomos observaron la conjunción de los tres planetas Saturno, Júpiter y

Marte. Una nueva estrella apareció de repente entre Marte y Saturno, junto á la del Serpentario. Esta estrella tenía un brillo extraordinario, y era su luz multicolora.

Háse calculado que cada 800 años se produce una conjunción análoga con análogo efecto, porque Saturno y Júpiter tardan cerca de 800 años en recorrer el Zodiaco.

Desde la creación del mundo han pasado siete períodos de 800 años, períodos que podrían aparecer como días climatéricos de la humanidad.

1.º Desde Adam á Enoch. 2.º Desde Enoch al



HOSPITAL DE LA CARIDAD EN SEVILLA

diluvio. 3.º Desde el diluvio á Moisés. 4.º Desde Moisés á Isaías. 5.º Desde Isaías á Jesucristo. 6.º Desde Jesucristo á Carlo-Magno. 7.º Desde Carlo-Magno hasta el descubrimiento de la imprenta. El sétimo día sería el tiempo en que nos hallamos.

¿La Estrella de los Magos es el resultado de una combinación astronómica, ó una estrella directamente milagrosa?

Se ignora. Sea como fuere, Dios, autor del orden natural y del sobrenatural, ha manifestado su acción providencial en estos dos casos. El oro, que es el poder; el incienso, que es la adoración; la mirra, que es la penitencia, fueron ofrecidos á Jesucristo por voluntad expresa de Dios, revelada por

una estrella, y atestiguada por los tres Reyes Magos.

V. SUAREZ CAPALLEJA.

### LA CIENCIA MODERNA Y MI IGNORANCIA

Jamás he conseguido comprender, por más esfuerzos imaginativos que haya intentado, lo que un amigo mío montado á la moderna entiende por *ciencia novísima*. Creí en un principio que el elevado concepto de la tal ciencia no estaba á mi mezuino alcance; pero, andando el tiempo, casi voy

sospechando que mi torpeza no estriba tanto en mi miopía mental, como en la imposibilidad que encuentro de echar en olvido la rancia dialéctica del dómene, buen sacerdote á carta cabal, que yo creí instruido, y que se encargó de enseñarme lógica al uso antiguo.

Al encontrarme hoy con mi amigo, aún menos aprovechado que yo cuando frecuentábamos las aulas universitarias, casi no me atrevo á despegar los labios. No sé á qué nuevo y laberíntico krausismo debe el inmenso caudal de voces técnicas y deslumbrantes teorías con que me abruma, y tiemblo con la idea del ridículo en que irremisiblemente he de caer ante sus terminantes conclusiones. Por



supuesto que, á decir verdad, no deja de parecerme algo y aún algo atrevidillo. Enemigo acérrimo de todo principio autoritario, no hay sin embargo quien le apée de cierto embozado *magister dixit*; sólo que su intransigente maestro es lo que él llama ciencia moderna, ó ciencia novísima... Y yo que creía que no debe llamarse ciencia más que á un conjunto de principios ciertos y evidentes, ordenados en forma de sistema, me mareo, me confundo y me quedo con una boca tamaña. ¡Ciencia novísima! ¡Cuántas torturas, y qué inútil trabajo el mío para encontrarle!... Dices que es preciso ser *libre-pensador*; pero yo pienso libremente y nada consigo. Trátese de una cuestión cualquiera, por trivial ó insignificante que sea, la resuelvo según mi tradicional criterio, que mi amigo se empeña á veces, y con muy poca razón, en llamar *oscurantista*, y es fijo como la luz del sol, que para él habré dicho algún dislate. ¡Oscurantista yo que aborrezco las noches sin luna y me dan nostalgia los días nublados! Constantemente me interrumpe, riéndose á mandíbula batiente de mi falta de *sindéresis*, y diciéndome que ignoro los más rudimentarios descubrimientos de la ciencia novísima, que es su estribillo eterno. ¿Cómo diablos quiere que no desconozca la tal ciencia, si no sé por dónde anda? Es cosa para desesperarse.

Hace pocos días, por ejemplo, que ví en una revista madrileña ciertos artículos encomiásticos sobre la doctrina del famoso Darwin. Traté de leerlos con despreocupación, atenta y filosóficamente, y sólo conseguí afirmarme en el juicio de que Darwin no pasa de ser uno de los tantos ilusos sistemáticos, por más ó menos tiempo de moda, que surgen cada día, y no quiero saber qué se proponen. La doctrina de Darwin, dije, debe ser cosa excelente para el condiscípulo de marras, que fué frenólogo en sus mocedades y magnetista, hegeliano luego y espiritista, y hoy positivista acérrimo, y qué se yo cuántas cosas más.

Salí á la calle, y me encaré casualmente con mi sábio amigo. Nunca su boca había hecho un mohín más desdenoso, nunca su altiva frente se había erguido con más importancia; pero nunca tampoco sus alegres ojillos habían manifestado una intención más decidida, y eso que mi amigo es siempre de lo más disputador que cabe. Le paré, y me atreví á provocar el siguiente diálogo:

—¿Qué opinas de Darwin, amigo mío?

—¿Qué opino! ¡Y me lo preguntas! ¿No es la teoría de Darwin tan clara como la luz del sol? Tú, que has leído mucho, ¿no te enajenas ante las claras concepciones, los majestuosos descubrimientos de la razón humana?

—Pero... ¿hablas de una teoría hipotética ó de un hecho?

—De un hecho. Leyes universales y eternas, rigen la materia. Leyes universales y eternas produjeron los millares de mundos que nos rodean, las transformaciones sucesivas y portentosas de que han sido objeto, el miserable planeta que habitamos, la humanidad y su constante desarrollo en el progreso indefinido.

—Está bien; pero... me parece que echas ahora un poco en olvido á Darwin.

—¡Darwin! ¿Cómo he de olvidarle! Darwin es el Flammarion de la zoología, como Flammarion es el Darwin de los astros. La célula, el átomo animado es el origen de la vida en sus múltiples transformaciones. ¿Qué es la planta? ¿Qué es el bruto? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la tierra? Simples etapas del eterno movimiento molecular en el *trasmorfismo* lento, en el constante progresismo de la naturaleza.

—¿Y la creación?

—Vacías de sentido son las palabras *creación*, *sér* y *no sér*, tal como las entiendes.

—¡Hombre! Esto es fuerte.

—¿Fuerte? No sé por qué. Todo lo existente se halló siempre en esencia en las materias cósmicas que, siglos y siglos atrás, presentaban formas necesariamente reducibles á las actuales y distintas de las que revestirán en edades futuras. Todo comprueba esta verdad. Las clasificaciones mineralógicas, botánicas y zoológicas; la ausencia de las transiciones notables en la escala de lo que se convino en llamar *séres* de los distintos reinos naturales, la química inorgánica produciendo ya materias orgánicas, y sobre todo el *trasmorfismo* constante, el *trasmorfismo* claro é innegable en la acción con-

tinua de la materia; todo, todo induce á creer al hombre pensador, al despreocupado que mira frente á frente cuantos absurdos y mitos groseros, inventados por las sociedades en su niñez, que la fuerza y consiguiente movilidad de la materia son causa de cuantos fenómenos nos rodean. Dime, ¿tu personalidad es exactamente igual á la de tu padre?

—No le conocí de mi edad, por desgracia.

—Es igual. La personalidad de tu hijo, ¿es absolutamente igual á la tuya?

—Vaya una pregunta. ¿No sabes que mi hijo tiene once años, y que mi mujer es rubia y mi madre era morena?

—Es exacto; pero sólo te pido que no te chanches, tratándose de cosas formales. Contéstame seriamente. ¿Has encontrado, has visto nunca dos hombres, dos mujeres, cuyos cuerpos fuesen, no ya idénticos, sino de una semejanza tal que pudiera confundirlos el primer exámen?

—Creo que no.

—Ya lo ves. La variabilidad, la transformación lenta es ley de naturaleza. Hé aquí la causa palmaria de que mi padre no fué igual á mi abuelo, de que mi abuelo se diferenció mucho de sus progenitores de hace siglos, de que algún otro más antiguo todavía pudo tener más parecido que el que hoy tengo yo con el orang-outan, y bajando así por una transformación lentísima, pero constante, de miles de miles de centurias, transformación dirigida por la *selección*, fenómeno evidenciado por el insigne Darwin, podremos pasar sin violencia ninguna del hombre civilizado de despejada frente, al salvaje de aplastado cráneo, del salvaje al orang-outan, del orang-outan al mono, del mono, recorriendo mil escalas constantemente inferiores, á la ostra, de la ostra á la célula, de la célula á...

—¡Pára! Me confunde tu lógica y la nobleza de tus progenitores...

—Me paro. Ahí tienes ya lo que es la vida. El alma es una concepción absurda sostenida por los necios ó explotada por los grandes traficadores en premios ó castigos de la otra vida... La única verdad, la verdad incuestionable es el eterno movimiento de la materia.

—Está bien; pero dime: ese movimiento eterno, ese eterno é indefinible progreso, esa eterna materia cósmica, y toda esa balumba que tú sabes y dices, ¿estarán sujetas á leyes también eternas?

—¿Quién lo duda!

—De modo que el día en que fueran conocidas las leyes de transformación por que se rigen los átomos, lo pasado y lo futuro se convertirían en presente.

—Es claro.

—Y conoceríamos los incidentes más minuciosos de la historia universal pasada y futura, la fisonomía exacta y los más oscuros pensamientos, la tendencia de todos los siglos, de todos los personajes, de toda materia, desde las lucubraciones del divino Platon, hasta los intentos de mi loro, cuando escaraba la jaula...

—¿Quién lo duda! Y no pára aquí, querido incrédulo. El día en que estas leyes se descubran; el día en que las evoluciones cósmicas, ya teóricamente demostradas, se nos revelen á las claras con todos sus fines, su universal omnipotencia; el día en que las leyes fatales de la *selección* nos sean manifestadas, el hombre será omnisciente, omnipotente también; el hombre será un verdadero Dios...

—¡Alto ahí! Veo que te extravías. Crees, según veo, en el fatalismo, y el fatalismo no conduce á divinidad alguna, conduce por necesidad á la indiferencia absoluta, á lo que, inventando tal vez una palabra que convenga á tu lenguaje, llamaré el nihilismo...

—¡Al nihilismo! Estás loco, amigo mío, estás loco y no comprendes todo el alcance de la ciencia novísima... Si llega el día en que nada nos sea desconocido y todo esté presente, desde el más mínimo desenvolvimiento del elemento vital hasta los hoy recónditos vuelos del pensamiento humano, —que no es naturalmente otra cosa más que una potencia del cerebro, una sencilla evolución orgánica,—claro es que la tierra será un eden de delicias... El malestar no podrá existir, siendo conocidas sus causas... Ni siquiera un mal propósito podrá concebirse, hallándose el pensamiento siempre manifestado á la luz del día...

—Pero te olvidas de las leyes fatales.

—No me olvido de nada. El rayo cae fatalmente, pero Franklin lo arrancó de la nube, le dió dirección y sepultó su descarga en las entrañas de la tierra... Cuando se realicen las aspiraciones de la ciencia novísima, arrancaremos también de la tierra el dolor y la muerte.

—¡Ah! Y... ¿no sufriremos, ni moriremos! Me reconcilio ya con todas las palabras acabadas en *ismo*.

—Seremos siempre dichosos é inmortales.

—¡Inmortales! Ya voy comprendiendo. Declaramos cesante al *trasmorfismo*, y proclamaremos entonces el *statu quo*, ó si quieres, el *quietismo*.

—¿Qué terco eres! Te confundes ó tratas de confundirme. Eres un neófito intransigente. Inmortales somos ya. ¿Qué es hoy mismo la muerte? Lo que se llama *muerte*; nada tiene de terrible. Es una simple transformación de la materia, una nueva vida, vida en el planeta, luego en el éter, que llega tal vez á reproducir en los astros que nos rodean ó en los espacios infinitos, por la diseminación de las infinitas moléculas de nuestro sér que se combinan con otros infinitos y naturales elementos...

—No está muy claro...; pero voy viendo que, pasando por todo, llego á conclusiones terminantes. Mira: si la muerte es siempre un bien, las reglas de lo que se ha convenido en llamar moral universal, son simplemente, como yo suponía, un necio absurdo. Imperará el positivismo, y el positivismo ha de llevarnos lejos. El individualismo, el egoísmo, si quieres, debe ser hoy por hoy nuestra exclusiva regla de conducta. De nada nos servirá ser mejores; lo importante es gozar. El mejor filósofo, el ciudadano más prudente será por tanto el que más placer se procure. Tuvo razón Epicuro; tienen razón los defensores del sistema utilitario. Por otra parte, ¿qué importa lo que tuvimos por crímenes y hasta el homicidio? ¿Qué importa el suicidio? La muerte es una simple transformación de la materia, y puede ya desearse. ¿Qué importa el malestar, el sufrimiento ajeno? Son causas de las leyes del *trasmorfismo*, hoy por hoy fatales é inevitables, y que nunca pueden llegar á ser lo que impropriadamente llamamos una desgracia. Viva entonces la ciencia novísima; viva la *selección* que conduce á declarar ridículas las leyes sociales de todos los siglos... Seamos agradecidos: tu teoría nos libra de preocupaciones estériles y nos permite erigir altares á nuestra absoluta y particular conveniencia del momento. ¿Estás contento de tu discípulo? ¿He aprendido algo de la lección?

—Tú disparatas, amigo, disparatas y deliras.

—Veo en efecto que, de seguir escuchándote, iría irremisiblemente á parar á una casa de Orates.

—Tus ideas retrógradas no te permiten ser razonable.

—Pues no quiero ser *retrógrado*. ¿Quieres que admita el darwinismo con todas sus consecuencias?... No tengo inconveniente, si ilustras en un solo punto mi ignorancia.

—¿Qué punto? Veámos.

—Oye. Según dices, no hay más Dios que el tiempo y el espacio; no hay creación, no hay nada. Convenido. Pero, ya que te es desconocida la esencia de la materia primera, explícame al menos de dónde procede y cómo surgió ese primer átomo, ese elemento vital, esa materia cósmica y fecunda de que me estás hablando. Algo debes saber ó suponer de la causa primera, para no edificar castillos en el aire.

—¿Cómo diablos quieres que te explique lo inexplicable? ¿Comprendes tú el origen de la eternidad?

—¡La eternidad!... El tiempo!... El espacio!... Todo esto es muy bonito y elocuente, pero encierra, en efecto, grandes misterios. Y si para abandonar las consoladoras creencias en que me educó mi santa madre y ser un sábio como tú, se me obliga á admitir á ciegas nuevos misterios..., aplazo el estudio de tan clara teoría novísima para el día en que puedan tener satisfactorio esclarecimiento mis dudas; *ad kalendas græcas*, según sospecho.

Mi ilustrado amigo no quiso oírme más, y se encogió de hombros en señal de compasión.

Yo sigo y seguiré, Dios mediante, como el bueno de mi maestro, en mi torpeza supina y en mis trece.

C. SOLER Y ARQUÉS.



## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—Y precisamente el lunes por la mañana,—concluyó el portero,—fué cuando la señorita Blanca salió del palacio para irse, según ella dijo, al castillo de Noyal. Había recibido una carta de Barba-azul. Desde entonces no ha vuelto á parecer por acá... Ahora bien: contemos un poquito por los dedos. Personas que van á la Sepultura de Terciopelelo y que no vuelven. En primer lugar la señora condesa, ¡desdichada joven! después su doncella; después la pobre Chaumel, que se salvó del incendio de su cabaña, y se la ha visto rondar el castillo de Barba-azul, y por fin, la señorita Blanca de Noyal...

—Total cuatro,—dijo Saturnino.

—Cuando lleguemos á seis,—añadió Vivé,—haremos una cruz, y quizás entonces la justicia se determinará á hacer una visita á ese castillo maldito, que debe oler á cementerio.

—La justicia,—dijo la señora de Mormichel, como quien está cierto de lo que dice,—tiene miedo á los dragones turcos, que son demonios en carne humana.

—Se mojan las balas en vinagre de sidra,—replicó Vivé con aspereza,—ó se llevan veinte contra uno.

—O se hace una mina por debajo del castillo,—añadió la señora Soliman.

—A más de que acaso no hay bombas en el arsenal?—exclamaron tres de las hermanas Trecoché.

—Claro, claro,—dijo Vivé;—pero las balas mojadas en vinagre de sidra serían bastante. ¿Para qué destruir el palacio del Grail, que vale buen dinero? Una vez enterrado Barba-azul, el castillo quedaba ya sin dueño, porque el apellido Lacuzan se extingue con él. Se podrían vender sus bienes y repartir el valor entre los que hubieran servido fielmente á la familia.

—En cuanto á eso,—dijo Guillermina,—todo el mundo sabe que el conde se surtía de aquí.

—Nosotros le vendíamos los botones para su librea,—dijo Saturnino Mormichel Barbedor.

—Nosotros le afeitábamos,—añadieron por su parte los consortes Soliman.

Las Trecoché aseguraron que ellas habían vendido á su cocinero innumerables docenas de sardinas.

Vivé infló los carrillos y echó una mirada de compasión á sus colaterales. El, por lo ménos, era allegado de Lacuzan por los Noyal, á quienes guardaba la puerta.

## XV

## Segundo conciliábulo y altos hechos del caballero Eadabreux.

A la misma hora, y mientras estas graves cuestiones se agitaban en la tienda de Guillermina Barbedor, tenía lugar otro consejo en la calle de las Damas, en casa de la vizcondesa de Turlutaine, y dicho se está que el vampiro de Barba-Azul no salía de allí mucho mejor librado.

Dios sabe lo que allí se decía de la preciosa Blanca de Noyal, del joven Alberto de Coetlogon, del anciano marqués, etc., etc. ¡Si alguna vez la caridad llega á desaparecer de la tierra, buscadla en una reunión particular de vizcondesas!—Y preguntadlas al mismo tiempo por qué cuando sienten la necesidad de conferirse un título escogen todas este.—¡Sereis bien recibidos, de seguro!

La vizcondesa de Galirouet, la vizcondesa de Landyvizy, la vizcondesa de Le-Brec-du-Larz-de-Clamayeuil-las-Fosseés-sobre-Papayoux, la vizcondesa de Margamel y la vizcondesa de Honnihic estaban todas en compañía del señor de Polbriand, del señor de la Güerche y del mortificante Badabreux.

Este había comenzado varias veces con voz de tábano su escena favorita.

...Dicese, y os repito, no sin ira,  
que hoy, por vuestra orden, Ifigenia espira...

Por más que esta introducción fuese de actualidad, las vizcondesas no le habían hecho caso.

Querían hablar de Lacuzan, nada más que de Lacuzan, Aquiles, Agamenon, la desgraciada Ifigenia, Calcas, y en fin, todo lo que no era la Sepultura de Terciopelelo, estaba de sobra.

Aquella misma mañana, el señor de Penvern, el hidalgo bajo-breton había dicho comiéndose su guisado de carnero:

—Que se me pruebe que Lacuzan ha tocado á un solo cabello de su mujer, y yo le romperé el alma. Pero hasta tanto le tengo por un cumplido caballero. El joven Coetlogon ha hecho muy bien en desafiar á Talboüet: si alguien sostiene lo contrario, nos veremos las caras.

El tal Penvern tenía costumbre de zanjar así las cuestiones más delicadas.

—¿Y qué nuevo horror se cuenta por ahí?—preguntó la señora vizcondesa de Le-Brec-du-Lastzpe Calmayeuil-las-Fosseés-sobre-Papayoux.

—¡Ay, hija!—respondió la vizcondesa de Margamel,—dicen que ha hecho comprar ayer dos capones en la villa de Liffre.

—Y el albeitar de la venta de Medio-Monte,—añadió la vizcondesa de Turlutaine,—ha puesto un clavo en una herradura á su caballo bayo oscuro.

Las señoras de Galirouet, de Landyvizy y de Honnihic, trajeron también su contingente de sucesos igualmente auténticos y asombrosos.

Ya veis que, en suma, la tertulia Mormichel Barbedor estaba muy distintamente informada.

—¿No saben ustedes?...—exclamó en esto la señora vizcondesa de Laricuff entrando muy alborotada.—¡Yo apuesto á que lo saben!...

Esta señora Laricuff era pariente de los Psefuntenion por los Kermalahault. En seguida se halló rodeada.

—Déjenme ustedes tomar aliento, amigas mías,—prosiguió—yo se lo contaré á ustedes todo, absolutamente todo... ¡Ah, qué monstruo!

—¿Qué ha hecho?

Este fué el grito general. Polbriand, La Güerche, y hasta el intolerable Badabreux se aproximaron á la recién llegada.

—Lo que ha hecho—contestó la vizcondesa Laricuff—¡ah! no serían ustedes capaces de adivinarlo jamás; así es que tanto monta el que se lo diga á ustedes inmediatamente. El grandísimo bandido ha hecho quitar todos los cristales de su castillo.

Algunos creyeron no haber entendido bien.

—¿Los cristales?—replicó la señora de Margamel.—Los cristales, los espejos, todo.

Las vizcondesas se miraron con asombro. El hecho tenía un color tan ridículo que su indignación no hallaba materia para exaltarse.

—Seguramente hay algo de locura en todo eso—pensaron las más avisadas.

—¿Cómo? ¿No comprenden ustedes?—continuó la señora Laricuff encolerizada. En aquel sepulcro tapizado de sombríos velos, no ha querido dejar ni un miserable rayo de luz con que pudieran recrearse las miradas de su víctima.

Prevenimos al lector que la señora vizcondesa de Laricuff desempeñaba entre el bello sexo el mismo papel que Bradabreux entre la mitad más fea del género humano.

Cogió la mano de la vizcondesa de Ploercatutal y prosiguió, cada vez más acaalorada:

—¿No comprende usted que él estaba celoso, celoso de aquellos espejos que decían á la pobre condesa eres hermosa? ¿No comprende usted que ha querido negarla este último placer de las mujeres para que se quedara sola en aquella soledad ciega y sorda, ahogada entre aquel sudario de terciopelo, muerta ántes de exhalar el último suspiro? ¡Ni una luz, ni un rumor! ¡Las tinieblas, el silencio, la tumba!

—En mi país,—murmuró el señor de la Güerche,—y sobre todo en la villa de Janzé, todas esas cosas léjos de desmejorar engordan; por eso se bajan los capones á los sótanos.

Y no lo decía con malicia. La villa de Janzé es en efecto célebre por sus buenos capones.

La vizcondesa de Laricuff le clavó una mirada terrible.

—Señor mío,—exclamó encogiéndose de hombros, que á la verdad los tenía muy agudos,—por lo visto, no todas las aves de su país de usted van al mercado... Aquí se trata de una mujer, de un corazón, de un alma...

Pero, á las demás vizcondesas no las divertía ya este nuevo giro dado al discurso, y gritaron to-

das á la vez para atajar este chorro de elocuencia:

—¡Ah! ¡eso es horrible, amiga mía, eso es horrible! ¡Sin espejos!

Y Badabreux añadió:

*El hombre en sus desvíos*

*Es un problema extraño...*

Con todo, el hecho referido por la señora vizcondesa de Laricuff, á pesar de su inverosimilitud, era rigurosamente exacto. El conde de Lacuzan había hecho quitar todos los cristales y todos los espejos del castillo del Grail.

¿Por qué? Esta es la cuestión. Evidentemente que para merecer un coronel de dragones el pintoresco nombre de Barba-Azul, no ha de conducirse como cualquiera.

—¡Ajá!—dijo Polbriand—¿es decir, que la hermosa y desgraciada condesa no está muerta todavía como se ha venido asegurando?

—¿He dicho yo eso por ventura?—exclamó la de Laricuff.

—¡Cáspita!—murmuró Polbriand—ahora se la vuelve á resucitar para hacerla sufrir nuevos infortunios.

—¡Oh! ¡Ustedes siempre son los mismos!—declamó la literata vizcondesa.—Los hombres todo lo convierten en asunto de prosáicas burlas, hasta tal punto, que yo llego á preguntarme si es que el corazón de ustedes no está absolutamente privado de ese elemento sensitivo que distingue en tan alto grado nuestra alma, el alma de las mujeres. Yo escribí ayer á la vizcondesa de Kercrombocellec y la decía: «Querida Catalina...»

—¡Pero eso es una cosa inaudita!—la interrumpió de propósito la señora de Honnihic.

—La desgraciada tiene por cierto una agonía bien cruel!—suspiró la de Landyvizy.

—Señoras,—exclamó La Güerche;—cuando la pobre María haya ido definitivamente á reunirse con las otras tres víctimas de Barba-Azul, yo apuesto á que ha de hallarse todavía alguna alma sensible que se case con el viudo.

Las vizcondesas no quisieron responder á semejante despropósito, y aguardaron á que los señores se fueran.

Cuando los señores se hubieron despedido, el salón se trasformó en una sala de disección. Lacuzan fué puesto sobre la mesa y cortado en tajadas; y á fé mía que una hora después todavía las vizcondesas se lamian los labios.

Pero tenemos que dejar á las antropófagas vizcondesas para seguir al caballero Badabreux.

Al salir del salón, Badabreux cogió á Polbriand por los cabezones para recitarle el monólogo de Mérope. Polbriand trató de resistirse á esta terrible poesía, pero fué vana su resistencia: el monólogo pasó todo entero.

Mas en lugar de comenzar de nuevo en seguida con la muerte de César ó las imprecaciones de Clímenestra, Badabreux tuvo compasión de su víctima y volvió á entrar en aquel conciliábulo de murmuraciones; tenía que contar allí todo lo que había oído en casa de Guillermina, pues que las vizcondesas no le habían dejado ántes hablar una palabra. La conversación fué larga.

Había caído la tarde y era de noche oscuro, cuando Polbriand, asustado, se detuvo á la puerta de su palacio. Badabreux, que no era rico, vivía más en alto, en el arrabal.

Un hombre seguía á Polbriand y á Badabreux desde hacía rato. Ni uno ni otro le habían distinguido. Aquel hombre estaba todo vestido de negro; iba sin nada en la cabeza, y llevaba con frecuencia la mano á la frente como un poeta ó como un loco.

Tan pronto se alejaba, cansado al parecer de escucharles, como se abalanzaba á ellos para escuchar mejor, sobre todo, cuando en las relaciones íntimas de Badabreux sonaban ciertos nombres. Estos nombres eran los de Lacuzan, de María, de Blanca y también el de la Chaumel.

Cuando aquel hombre pasaba por debajo de los escasos faroles escalonados en las calles ya desiertas, su resplandor alumbraba una larga cabellera negra, una frente serena, y un rostro joven y hermoso: el rostro de nuestro viajero de la subida de Vitre.

El señor don Adriano Chaumel, doctor en medicina.

Nuestro antiguo amigo Pichenet.



Desde hacía una media docena de horas que Pichenet había entrado en su querida ciudad de Rennes, seguramente se le iba la cabeza. Había recogido tantos rumores contradictorios á derecha é izquierda, que no sabía ya qué pensar.

Todas aquellas cosas le zumbaban en la frente dolorida. Todas aquellas cosas se comprimían, se chocaban, y se mezclaban de manera, que hacían de su cerebro un caos.

Cuando Badabreux hubo por fin dejado al señor de Polbriand á la puerta de su casa, Pichenet continuó siguiéndole hácia su arrabal, y le alcanzó á la esquina de la calle de Santa Melania.

Pueden recitarse fragmentos de tragedias y ser muy valiente; pero Badabreux se limitaba á poseer una sola de estas dos cualidades. Al ver llegar hácia él un hombre en aquel barrio desierto, tuvo miedo y apretó el paso. Pichenet le llamó por su nombre.

—Caballero,—respondió cortesmente Badabreux,—no tengo el gusto de conocer á usted.

—Tengo que hacer á usted algunas preguntas,—le dijo el joven.

—¡La vida ó la bolsa, canario!—pensó el malaventurado Badabreux.—¡Preguntas son estas que no me hacen maldita la gracia!

Y en realidad, de verdad tenía alguna razón Badabreux para sospechar una aventura trágica. A la próxima luz del farolillo colocado en el torno de las monjas de la Visitación, podía Badabreux distinguir bastante bien á su interlocutor, que venía en ostensible desorden, demostrando extravío en los ojos, con su largo frac negro desabrochado, sin sombrero... y además, Badabreux conoció perfectamente que la voz le temblaba.

—Tal vez no estará todavía endurecido en el oficio este ladronzuelo,—dijo para sí; y añadió luego en voz alta:

—Buen amigo, no es esta la hora más apropiada que digamos para hacer preguntas. Y por otra parte, puesto que sabe usted mi nombre, no puede usted ignorar que yo no soy más que un pobre hidalgo. Mi bolsa está estrujada como una torta de centeno. Así es, que lo que debe usted hacer es buscar fortuna por otro lado, y dejarme seguir mi camino. Se lo ruego á usted...

A Pichenet le faltaba tiempo de formalizarse.

—Señor de Badabreux,—dijo,—yo no quiero para nada su bolsa de usted. Yo le he oído á usted hace un momento hablar de cosas que me interesan en el más alto grado, y...

Badabreux retrocedió. La idea de un lance de honor le cruzó en seguida por la frente y comenzó á atormentarle.

—¡Ah! ¡mi lengua pecadora,—¡pensó al instante,—mi malvada lengua! Y efectivamente, este joven está vestido de caballero y lleva espada á la cintura...

—Señor mío,—contestó bastante á to,—usted me dispense; las cosas se aumentan corriendo de boca en boca; pero esté usted seguro de que no he tenido la más mínima intención de ofender á usted, y en todo caso yo ruego á usted que me perdone.

Con esto dió un paso para largarse, pero Pichenet le cogió por un brazo.

—¿Pretenderá usted usar de la fuerza?—comenzó á gritar muy apurado Badabreux,—pues hay serenos en la plaza de Santa Ana, caballero...

—¡Acabe usted, hombre!—exclamó con viveza Pichenet,—Yo no quiero ni su vida de usted ni su bolsa: yo soy natural de Rennes, y usted me conoce de sobra, porque mi pobre madre le repasaba á usted en otro tiempo su ropilla por el amor de Dios.

—¡Ah!—exclamó Badabreux enderezándose,—ya no te recordaba, hijo mío.

Y midió á Pichenet de arriba á abajo con la más perfecta impertinencia.

—El chico de la Chaumel,—añadió,—y andas buscando manera de vivir ¿no es verdad? Pero ¿dónde diablos has robado ese frac de terciopelo negro, Coquinet?... ¿Trogolet?... ¿Jacquinet?...

—Pichenet,—rectificó el joven sin inmutarse.

—Pichenet, eso es... ¿dónde has robado?...

—No ando buscando manera de vivir, señor de Badabreux,—le interrumpió el joven con toda la tranquilidad del mundo;—tengo ya una bastante buena que me permite llevar un frac de terciopelo como éste sin robarle.

—¿De veras? ¡Caramba, caramba!... Y ¿qué manera de vivir es la que tenemos, señor Pichenet?

—Primer ayudante médico de cámara de su majestad el rey Luis XIV.

Badabreux se quitó inmediatamente el sombrero.

—¡Oh!... pero...—balbuceaba,—y... pues... ¡Cómo... de qué... caracoles!... De médico de cámara de su majestad! ¡Hé aquí una historia! Siempre había pronosticado yo que usted iría muy lejos, mi querido señor Chaumel... y ruego á usted que me tenga por el más adicto de sus servidores.

En el meson llamado *del Gallo*, que tenía una de estas aves por enseña, en la plaza de Santa Ana, frente á la iglesia de San Albino, se daba de comer y de beber, amén de un excelente hospedaje para de á pie y de á caballo. La pieza principal era una sala á piso bajo con un techo negruzco formado de cuarterones, entre los cuales vivía todo un mundo de arañas, moscas, cínifes, cucarachas, y en fin, de todos los animalejos amantes del calor y de la humedad.

Respirábase allí un aire muy espeso, impregnado de las emanaciones de la pipa y de vapores de la sidra medio avinagrada.

Badabreux no era nada orgulloso desde que le

faltaba la mesa del marqués de Noyal, y se brindó á cenar en el meson del Gallo, con el respetable señor Chaumel, primer ayudante médico de su majestad.

Sirviéronles una pierna de carnero mechada con rajas de tocino.

¡Canario, canario! mi buen amigo—decía Badabreux espetándose un cuartillo de vino de Nantes,—nunca hubiera creído volver á ver á usted tan crecido, tan gentil y tan elegante. ¿Sabe usted que á la hora esta es usted el más apuesto y bizarro joven de Rennes?

—Ya le he dicho á usted lo que desearía saber, señor Badabreux—le interrumpió el joven médico.

¡Muy bien, señor Chaumel, muy bien! Y hubiera usted inquirido largo tiempo, puedo envanecerme de ello, sin llegar á encontrar un hombre enterado como yo. El anciano Lapierre os ha contado como Malbrouk se escapó del hospital de San Medardo, el incendio de la chavola que estaba allá detrás del palacio de Noyal, la desaparición de la Chaumel, quiero decir de la señora de Chaumel, de su señora mamá de usted. Yo por mi le diré á usted que Lacuzan ha estrangulado á su mujer con un cordón de seda...

—¿Qué dice usted? exclamó Pichenet, pálido como la muerte y saltando del banco en que estaba sentado.

—Yo he visto á una persona que había visto el cordón, dijo friamente Badabreux; yo le diré á usted también que la doncella de la malograda condesa ha sido hecha tajadas, y enterrada en una maleta de cuero: yo le diré á usted igualmente como la señorita Blanca ha tenido parte probablemente en todas esas cosas.

—Pero caballero. ¿Piensa usted bien lo que dice?

—¿No es verdad que todo esto es divertido? dijo Badabreux con aire de triunfo; y por lo que hace á la autenticidad de todas estas noticias, crea usted que es completa. María (pues yo tengo derecho de llamar así á la víctima en mi calidad de amigo de la casa,) María ha desaparecido hace hoy diez y siete días. Desde aquella fecha cuantas personas han tratado de aproximarse á la Sepultura de Terciopelo, han sido arrebatadas y probablemente asesinadas...

(Se continuará.)

## ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á nuestros señores Suscritores que satisfagan sus abonos á la fecha de su vencimiento, por los grandes perjuicios, que de no hacerlo así, causan en la marcha de la Administración y á los intereses de la Empresa.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

## SECCION DE ANUNCIOS

### LA ILUSTRACION CATOLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que los pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

#### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

ELIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION

CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### IMPRENTA

Se vende una, muy surtida de caracteres ordinarios, titulares, filetes de zinc para rayados, ramas, platinas de hierro, cajas, chivales, galeras, galeries y cuantos útiles se necesitan en un establecimiento de esta índole.

También hay una prensa de hierro.

Se venderá todo en globo ó al detall, según convenga, en las oficinas de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4.

#### CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

### ALMANAQUE

de la *Gaceta Agrícola* del Ministerio de Fomento,

PARA EL AÑO DE 1879

Se vende en la Administración, Cervantes, 19, bajo.

La ley de instrucción pública, discutida en España en 1878. Discursos y documentos por D. Carlos María Perier, Diputado á Cortes.—Un tomo en 8.º mayor, de 200 páginas. Se vende en las librerías de Olamendi y San Martín.—Precio dos pesetas.

### CALENDARIO RELIGIOSO PARA EL AÑO DE 1879

SE VENDE

en la librería de la señora Viuda é hijo de Aguado, Pontejos, 8, al precio de UN REAL cada ejemplar suelto, y á real y medio en provincias, franco de porte. Por docenas á 9 reales en Madrid, y 10 en provincias.

LOS MAYOS  
CUENTO ORIGINAL DE COSTUMBRES POPULARES  
DE  
SIERRA DE ALBARRACIN  
POR  
D. M. POLO Y PEYROLON

Se vende esta novelita á peseta el ejemplar en la librería de Perdiguer, San Martín, 3, en la Administración de la *Revista Popular*, Pino, 5, bajo, Barcelona, y en casa del autor, Seminario, 9, Teruel, el cual la remitirá por el correo sin certificar y sin responder del extravío, á todo el que le remita su importe, más un sello de comunicaciones de 5 cént. de psta.